

## VICIOS Y VIRTUDES DE LA ETICA ANALITICA

Amelia Valcárcel.

Por obra de la filosofía anglosajona, desde principios de siglo hasta nuestros días y abarcando cada vez un mayor espacio, tanto en publicaciones como geográfico, la ética analítica se ha convertido en la más decidente de las corrientes en la filosofía moral contemporánea, si no por su cultivo directo, porque no es posible a ninguna otra ignorar sus planteamientos y problemas. Por el contrario, ella ha vivido volcada hacia sí misma, recorriendo una y otra vez sus propios tópicos, en espléndido aislamiento de cualquier otro modo de operar. En ocasiones incluso se ha autoconcebido como la única versión pura, id est, no vanamente ideológica, de filosofía moral. Porque, en efecto, si de alguna cosa esta filosofía alardea es de su pureza y autonomía ¿Cómo cree haberlas conseguido?

Esta filosofía, que se entiende heredera inmediata de la obra de Moore, es sabido que basa su propia estimación en el despego de influencias ontológicas, en su cultivo de los temas epistémicos y en la rigurosa separación de las figuras del filósofo ético y el moralista. Naturalmente, la pureza que se alcanza en un ámbito se pierde en el otro. Librado queda al moralista un campo excesivo de acción y la condición de abstenerse de proponer ha insensiblemente degenerado, en los casos más recientes, en eliminar todo sentido, toda racionalidad, en las discusiones morales, reducidas a la expresión de interjecciones peculiares, no usuales, pero del mismo valor cognitivo que las que se nos escapan a lo largo del día.

Porque la filosofía moral anglosajona, tanta deuda tiene con Moore, a quien se la reconoce, y con la falacia naturalista, como con otra tradición de nuestro siglo, el Empirismo Lógico, que le ha marcado la senda por la que le permite transitar. Aún así, como la herencia ésta no es tan buena, se le suele dar menos pábulo y se apuntan a la difícilmente clasificable obra de Wittgenstein, condiciones y premisas mucho más enraizadas en los supuestos fundamentales de aquel neoempirismo que ocupó Europa en el período de entreguerras.

Así pues, las fuentes de estas éticas, de esta forma peculiar de plantearse la posibilidad de la racionalidad moral, son al menos dos: el tema de la falacia naturalista, que es ahora un tema sin más de la ética y ha trascendido sus primeras fronteras y los temas epistemológicos que se arrastran desde la entrada a saco del Empirismo Lógico en nuestros dominios. Por la primera de esas fuentes nos llega toda la temática del paso del es a debe, además de aquella más estricta de la imposible definición de "bueno" en términos de cualidades naturales, y, por la otra, la tutela de la metafísica o la ontología ha sido sustituida por la estricta dependencia de todas y

cada una de las teorías del significado que en el siglo han sido.

Las consecuencias, pasmosas. Se halla la dura pureza de la disciplina en un estricto cultivo de la metaética, ni un juicio, ni una norma, ni una propuesta. Pero cuando pasea triunfante la teoría referencial toca en masa apuntarse a describir "bueno" como un referente no natural o bien como un referente que es una emoción. Y cuando cambian los vientos en la filosofía del lenguaje, entonces se afinan los emotivismos y los aspectos prescriptivos aparecen. El cultivo de la filosofía moral analítica ha sido en buena medida el resultado de ir siguiéndoles los vientos a marcos y teorías más generales cuyos objetivos no estaban en principio en la filosofía moral ni para ella ideados. Así, la historia de la analítica es, en buena medida, la de estas malas compañías.

Ya el punto de partida, punto que todo practicante o expositor no deja de glosar en cada introducción de la muy abundante bibliografía analítica, nos afirma siempre, aunque sería de desear más claridad, que lo que la gente o algunas filosofías llaman valores, son un tipo especial de hechos, hechos lingüísticos. El "giro lingüístico", apreciado por Ryle como la consecución de la filosofía del siglo, y que Kerner minuciosamente expone en The Revolution in Ethical Theory, es resultado en parte de la traducción a los límites empiristas de las primeras sistematizaciones de las teorías del valor en cuanto a ética se refiere. G. Warnock lo expone sin ambages, "parece que ha habido un extraordinario estrechamiento del campo", pero también justifica que muchos de los clásicos temas de la filosofía moral hayan quedado fuera: "no se podía decir sobre ellos cosas con sentido". El giro lingüístico, y la pertinacia en seguirlo que honestamente sólo Hudson ha explicado en profundidad, lo que no le ha ganado buenas críticas, tiene como primer efecto el declinar las cuestiones más clásicas de ética, tal como qué o cuál es el ideal de la vida moral, cómo debemos actuar, son nuestras argumentaciones válidas, existen principios absolutos y aplicables de moralidad, cómo se justifican o fundamentan nuestros actos, cuál es la fundamentación y correcto orden de las instituciones, etc., relegando todo este arsenal a la ética normativa a la que, por lo demás, se le otorga una benevolente palmadita en la espalda mientras se la deja caer de lleno en brazos de las demoleadoras críticas de Reichenbach. Por debajo de su nivel aún tiene al legítimo paria, el discurso moral sin más, situado en manos de especialistas en obligarnos a actuar, desde párrocos a sargentos. La ética normativa es un discurso, ya, sobre esos sencillos y primitivos discursos morales. Pero para guardar el rigor que conviene a la ciencia, el discurso de la ética analítica se establece sobre el lenguaje común y el de las éticas normativas que en el mundo han sido, como un discurso de discursos. En efecto, apurando hasta el fondo la metáfora sobre lenguaje-metalenguaje, se construye un camino intransitable y quizás también imaginario que separa lo que significa prescribir y dar consejos de lo que es el rigor que conviene al discurso apodíctico-racional. Rigor que incluso puede ser invocado en

una conversación corriente y dar al traste con ella, dado que el lenguaje común en el que todos nos expresamos y, precisamente por cuyas imperfecciones nos entendemos, no puede librarse de la introducción constante de un tipo resbaladizo de términos, los valorativos, que alteran significado y sentido allí donde intervengan. Por eso es tarea fundamental y principalísima de la ética el elucidar el significado de tales términos. Siempre se nos dice que como método, ya desde Moore, a fin de saber sobre qué queremos discutir y así ir clarificando minuciosamente las cuestiones, pero lo cierto es que sólo él cumplió tal programa y que la parte de su ética que no es análisis, sino constructiva, nunca ha recibido la menor muestra de interés por parte de sus discípulos y continuadores. Se empeña pues la filosofía moral inglesa en realizar una propedeútica eterna, (ningún acuerdo aquí logrado ha resistido demasiado tiempo) y, sin embargo, se obstina en autoconcebirse como elucidación completa sin intereses prácticos, negando así de paso la gran herencia de Dewey que ha sido mucho mejor apreciada por la filosofía continental.

Porque, al fin, la generalización del giro lingüístico concedió a los valores una medida de especificidad, al menos se dice que los términos valorativos existen y se emprende su análisis, mientras que, de la otra parte de esta familia, el positivismo lógico, las condiciones fueron aún más duras y restrictivas: los términos valorativos, o los valores, que ni tiene interés separarlos, son sólo formas más o menos sutiles de encubrir otras cosas: son órdenes como contó Carnap, son referencias (en lo que se coincidía con Brentano y las teorías del valor), son pseudoconceptos, Neurath, hasta llegar al emotivismo verificacionista de Ayer: son interjecciones sin valor cognitivo alguno. Con oponentes que no desdaban extremar desde esa furia sus propias posiciones, el desarrollo de esta filosofía moral se ha concretado en calmados pensamientos que atemperaran la violencia empirista, siempre dispuesta al combate.

Y así, ya Moore restringe la primera parte de los Principia Etica al análisis del término "bueno", término equívoco en su raíz porque lo damos como respuesta a dos preguntas diferentes ¿qué cosas deben existir por sí mismas? y ¿qué cosas deben ser realizadas por nosotros? La segunda pregunta ha sido resuelta por el utilitarismo, la primera plantea toda la cuestión de medios y fines. Moore cambió la manera de ver las cosas en ética. "Bueno" designa una propiedad simple y no natural que nosotros podemos reconocer por intuición. Y aunque no es Moore un intuicionista del común, admite en efecto que uno de los contrastes del correcto uso del término bueno son las consecuencias, prueba de modo peculiar la imposible reducción de lo que "bueno" designa a otra cualquier propiedad por los conocidos argumentos de la pregunta abierta y la imposible conmutación que asegura la existencia de dos nociones distintas en la mente de cada sujeto que emplea el término pretendiendo haber hallado para él un significado. Ciertamente que esta acuñación de Moore de la falacia naturalista se adelanta en algunos años a los momentos más duros de la teoría referencial, pero ello no impide que pertenezca al mismo

orden de hechos. La falacia naturalista, desnaturalizándose, se ha usado para indicar el imposible paso del es al debe cuando en puridad designa cualquier intento de explicar lo que "bueno" significa en término de otras cosas: "lo agradable" "lo que la historia exige" o lo que sirve para que yo permanezca en el ser, acompañado o no por el resto de la humanidad. El objeto de cualquier ética es ver entonces qué es lo que ese término y alguno más del mismo rango, "justo", "correcto", "adecuado", "deber" ...etc. significan. Y mientras la teoría referencial apoyada por Russell y Wittgenstein se mantenga, tales términos serán explicados todos ellos como designaciones de otras tantas propiedades no naturales que son su correcta referencia. El ramalazo epistémico de la metaética la condena a seguir cada avatar de las discusiones en teoría del conocimiento. Por eso, uno de los libros más influyentes en la ética analítica y por ende en todo el siglo, no pretendía, ostensiblemente hasta que la crítica ha desvelado muchos otros aspectos, tratar del tema de la ética. Hablo del Tractatus que ha sido lectura más obligada para los filósofos morales que la Declaración de los Derechos Humanos y sus controversias. Wittgenstein, a partir de la sentencia 6.4, nos destina un lugar en el mundo poco airoso y marca nuestro territorio con vallas tan firmes que sólo él se atrevió en parte a demoler. La ética es trascendental. La ética y la estética son uno y lo mismo. En el mundo no hay valores. No hay enunciados de ética porque nada puede expresar algo más alto. Etc.

¿Quería Wittgenstein, versión Toulmin, hacer nuevo lugar a la metafísica? ¿Era un miembro real del Círculo de Viena? La pregunta biográfica tiene sentido, pero para lo que nos toca, su solución importa poco. Tanto en el Tractatus como en su conferencia del año 1930 pocas luces abrió en tales cuestiones. Quienes tenían capacidad institucional para interpretarle dieron su versión antivalorativa y facticista de la moral. Si los enunciados de la moral son avisos de premios y castigos, en tanto se cumplan son legítimos. Si pretenden designar algo, cualidad natural o no natural (recordar su correspondencia con Russell sobre Moore) que está más lejos de eso, son místicos. Y, en los tiempos vistos, esto se interpretó como sinsentidos; intentos absurdos de trascender los límites del lenguaje, o sea, del mundo de lo que es y es del caso.

Si en la famosa conferencia sobre ética Wittgenstein corrigió el planteamiento es cuestión ya más de exégetas que de filósofos morales. Sólo parece haberse referido con claridad a sus anteriores posiciones, si bien haciendo la precisión de que, pese a seguir considerando una aberración epistémica la existencia de enunciados de ética, éstos parecían testimoniar una irreprimible tendencia humana. (Alegria emotivista, escándalo de la razón). Esta razón retozona, siempre escapándose del colegio por las tapias para ir a corromperse al lado del sentimiento.

Abierto el continente sentimental, la filosofía analítica emigró a él de pleno. El intuicionismo postMoore no había añadido gran cosa a sus planteamientos y, además, partía de tradiciones verdaderamente

desconectadas de aquellas que fundamentaban la mutua estima de Moore y Russell. En efecto, tanto Prichard como Ross, sin pretender ser agria, añadieron en el caso del primero algún otro término designante de cualidades no naturales a la ética, muy sutilmente pensados como fue el caso de "deber" por parte de Prichard; en cuanto a Ross elucidó el caso de los conflictos de principios, pero de la misma manera, quizá ahora se estiman más sus ediciones de los clásicos que el resto de su filosofía moral. Los intuicionistas éticos no podían además hacer verano. El positivismo no apetecía tolerar tanta realidad no natural conocida infaliblemente por el sujeto según caminos peculiares. Y de nuevo el futuro análisis se vio conmovido desde fuera. Cuando Ayer bramó sus diatribas, las que de paso no le interesaban demasiado, lo hizo contra el punto flaco: la existencia de discusiones morales probaba que conocíamos el tipo de entidades que los términos morales designaban, era el tácito argumento intuicionista. Pues bien, la existencia de discusiones probaba lo contrario en opinión de Ayer. Las discusiones sólo acogían juicios fácticos. Los que discutían probaban la pertinencia de los términos tales como robar o mentir aplicados a situaciones concretas. Lo probaban por apoyaturas en juicios fácticos. ¿Qué significaba la introducción en tales discusiones de términos valorativos como bueno o malo? Únicamente añadían énfasis. "Robar es malo" significaba tanto como ¡robar! dicho con gesto particularmente desaprobador. Y si nadie se preocupó de analizar en profundidad los argumentos de Ayer, el más elemental de los análisis ha producido resultados abundantes a prescriptivistas y searleianos, lo radical de su negativa abrió camino al más templado y sabio emotivismo de Stevenson.

Pues Stevenson tomó la cuestión allí donde Ayer la abandonaba y fue el primero en atreverse a negar la filiación neopositivista. No sin valor podía afirmarse que la verificación era en ética un criterio insuficiente. Pero avanzó más: la distinción entre creencias y actitudes aseguraba la existencia de una parte fáctica y comprobable en cada sentencia valorativa. Del mismo modo lo irreductible de la valoración quedaba salvaguardado. En ningún caso cabía reducir la valoración a un fenómeno distinto de ella, aunque eso no significaba que fuera insensata. Más insensato era buscar una contrastación fáctica a un enunciado moral. Porque, precisamente los enunciados morales no designaban objetos-valores, lo que en los fácticos era la verificación tenía que ser en éstos otra cosa. La parte no fáctica del de un juicio moral, id est, todo lo que no formaba parte de la previsión de un proceso de acción y sus consecuencias, era su significado emotivo. Como todo significado, no era un referente, idea más bien escueta, sino un proceso psicológico aprendido mediante condicionamiento que tenía más o menos firmes límites dependiendo de la estabilidad del paradigma moral (en relación inversa). La prueba, no de la verdad, término impropio, sino de la validez de un enunciado moral, era su capacidad de convencer. Aquí se han cebado naturalmente sus críticos y por este retazo han pretendido invalidar el resto de su trabajo. Pero los planteamientos de Stevenson eran los mejores que cabía hacer en pleno auge del

Positivismo Lógico; él adelantó los cauces de las futuras especulaciones; fue el primero en plantear un no-reductivismo no metafísico. En fin, que incluso si pensamos en la humorada de la capacidad de convencer, no muy lejos está de lo que los hermeneutas han llamado dialogía sin pretender tampoco Stevenson meterse en aquilatar las patas a la pulga: Si el enunciado convence porque da las "buenas razones" de su vigencia o las "razones buenas"; unas lógicas y otras psicológicas, unas retóricas y otras irreprochablemente deductivas.

Y pese a sus actuales críticos, el hecho es que Stevenson en su tiempo convenció ampliamente. De un día para otro, dice Warnock, nos acostamos intuicionistas y nos levantamos emotivistas. Tiene la honradez de glosar: "a todos nos parecía imposible que no se nos hubiera ocurrido primero". Porque Stevenson dotó además a la disciplina de fino instrumental de trabajo. Un juicio moral significa "yo apruebo esto, apruébalo tú también". Pero no sólo hay tal juicio valorativo cuando uno de los sobresalientes términos morales aparece. "Bueno" o "malo" no son imprescindibles, hay quienes con ventaja los sustituyen. Stevenson abrió, él, el acusado de retórico, las puertas del castillo herrumbroso y sacó las definiciones persuasivas a golpes. Hay términos, muchos, cuya parte emotiva está oculta, pero son valoraciones. Tanto más peligrosas porque no nos damos cuenta y usamos esos términos como si fueran fácticos ("natural"). Con esos términos se nos sirven delicados juegos. Una definición persuasiva consiste en aumentar el sentido-significado emotivo de un término a costa de su significado fáctico. Ambos guardan una relación inversa. Si todo enunciado valorativo se comporta de modo similar, ¿qué distingue a los morales? Su especial seriedad y urgencia. Y, ciertamente, no parece gran cosa como criterio demarcativo.

Sin embargo, el análisis lo dió por bueno durante bastante tiempo, todo el que hizo falta para que, de nuevo y desde el exterior, una revolucionaria teoría del lenguaje se instalara a modo de paradigma emergente y obligara a redistribuir otra vez las viejas sombras y las viejas evidencias. Austin fue tan fuerte que eclipsó con sus cortos libritos los póstumos escritos del segundo Wittgenstein, y, sin embargo, ambos trabajaron en una dirección muy parecida de cara a la ética. El criterio de uso había sido adelantado por Stevenson quien había también enfatizado lo que llamara "carácter dinámico" de los enunciados morales. El segundo Wittgenstein se criticó a sí mismo por haber hecho del juego referencial del lenguaje el metro de todos los demás. La "pluralidad de los usos" dejaba a los seguidores de teorías referenciales en la mayor perplejidad. Y aún siguen ahí.

Si todos los juegos del lenguaje eran legítimos y tenían el mismo rango, los lenguajes encaminados a persuadir y dirigir las acciones tenían sin duda su propia lógica que podía ser elucidada, contrastada y aprobada. Por otra parte, los usos lo eran en el lenguaje ordinario. Los escasos cultivadores de la lógica modal, la deontica, se sintieron menospreciados. ¿Acaso no se podían corregir los malos usos? Ryle les confortó, pero Wittgenstein dijo bien claro

que el lenguaje está bien como está, divinamente confuso. Desaparecía parte del trauma epistémico, pero aún quedaba lo mejor: Austin cimentaba para siempre que el lenguaje tiene carácter ejecutivo y que el lenguaje enunciativo es sólo un grupo dentro de una virtual colección de sentencias ejecutivas. Es más, que los análisis lingüísticos sólo podían hacerse sobre situaciones pragmáticas concretas.

Entre "ilocución" y "perlocución" se repartieron de nuevo las magras pertenencias de los juicios morales. Y aquel Austin "enfant terrible" que se carcajeaba por anticipado de lo que ocurriría cuando sus teorías fueran aplicadas a la moral, no lo hizo personalmente. Sin embargo, el convertir en parte esencial de un acto lingüístico su circunstanciación, el tomar como invariante la ilocución, ilocución que a través de la perlocución se desvelaba, acabó con la pobreza demarcativa del emotivismo. Ya no se podía decir que la especificidad del juicio valorativo era crear una influencia, ese es su aspecto perlocutivo, y tampoco que la especial seriedad o urgencia denotaran al juicio moral dentro del amplio panorama de los juicios de valor. La solidez de la ilocución permitía análisis mejores y más fundados que sin abandonar los perlocutivo, entran con rigor en la caracterización ilocutiva de la sentencia moral. El Análisis cristalizó entonces en su forma actual y Hare fue su consolidador.

Lo que uno pretendía hacer con una sentencia moral estará mejor o peor logrado, pero esa sentencia significará algo, tendrá una ilocución que puede analizarse. Si bien Hare no planteó así las cosas en su primer trabajo, contemporáneo e incluso algo anterior a las conferencias de Austin, (como sucediera con el emotivismo-neopositivismo y Moore-teoría referencial de Russell-Wittgenstein), los conceptos que uno y otro usaron se dejaban aproximar bastante y los posteriores trabajos de Hare incorporaron el marco general que se convirtió en ortodoxia para la filosofía anglosajona. En El Lenguaje de la Moral Hare emprendió una investigación lógica del mismo y concluyó que se trataba de una subclase dentro del lenguaje prescriptivo. Este se componía de imperativos y sentencias valorativas. La función de ambos consiste en empujarnos a la acción. Por otra parte, como ya explicara Carnap, todo juicio de valor comprende, como parte de su significado, un imperativo. Un lenguaje son sus usos, pero los usos no excluyen el razonamiento, sino que lo fortifican. La inferencia de los imperativos a partir de los valorativos es legítima, como lo es la existencia de genuinas implicaciones en el discurso moral. Lo que no cabe hacer es la derivación de valorativos desde fácticos, que es lo que ahora se llama más a menudo falacia naturalista, los dos lados del abismo se mantienen donde Hume los dejó y no hace falta vadearlos. El lenguaje prescriptivo tiene sus reglas y su modelo de consistencia, que, si se altera, conculca la lógica de la prescripción y, por lo tanto, la razón misma.

Aún así, y en la mejor tradición inglesa, la ética continúa siendo el entender y analizar las palabras que se usan para formular cuestiones morales. Entender significa aquí entender las propiedades

lógicas de los conceptos. Y ¿cuáles son ellas por lo que a los términos morales toca? En cuanto a los juicios, ya se ha dicho que son autónomos, es decir, no se derivan de juicios fácticos. Se distingue de modo fehaciente del resto de los valorativos su género de universalidad. Del mismo modo, la superveniencia es también esencial para el lenguaje valorativo. Por la última, siempre es lógicamente legítimo pedir razón de un juicio de valor. Lo que Moore llamara pregunta abierta se revela como uno de los límites reales de la ética. La pregunta "por qué algo es bueno" nunca es impertinente, sino que forma parte intrínseca de la definición de las mismas sentencias; si no se puede hacer, tampoco es moral el lenguaje que se nos presenta. Se responde que algo es bueno por que algo es otra cosa. Pero esa otra cosa sucede que es: 1.- universalizable. 2.- posee un standard de aplicación al caso concreto. 3.- su criterio de aplicación depende de propiedades empíricas y, sin embargo, no se puede identificar con ellas. Un juicio de valor tiene así un significado descriptivo y otro prescriptivo, pero no son azarosos, se usan de acuerdo a reglas y principios. Esto es la superveniencia. Naturalmente estos criterios pueden ser diferentes y tener entonces los juicios diverso significado descriptivo. Hay mayor o menor fuerza prescriptiva en según qué términos. "Bueno" y "malo" son puras prescripciones y a no ser que el paradigma moral sea muy estable, (cosa que en general no pasa), no tienen apenas significado descriptivo. Incluso si variamos su criterio de aplicación seguirán significando lo mismo, sí y no. Es decir, su ilocución no cambia. Y hay términos secundariamente valorativos, cuyo uso descriptivo es anterior a su capacidad prescriptiva. Nosotros sabemos todo esto porque lo aprendemos desde la niñez. La sabiduría moral consiste, en efecto, en aprender un significado prescriptivo que es constante y saber elucidar sus aspectos descriptivos que no lo son, en reconocer sus variedades. La moral es toda conducta que esté de acuerdo con unos principios morales socialmente aceptados.

Por lo que toca a la universalidad de los juicios valorativos y las sentencias morales, se funda en el mismo lugar de donde la extraen los fácticos. Cuando yo expreso un juicio me comprometo a usar los términos de la misma forma cuando las circunstancias relevantes del caso sean las mismas. Pues bien, cuando las circunstancias del caso den cierto aspecto, la lógica del lenguaje me compromete a usar los términos valorativos de la misma forma.

Los conceptos morales universales y prescriptivos lo son porque ambas propiedades son formales, es decir, están en su ilocución. Y si esto no sucede, están mal formulados. Hare se disculpa de nuestra posible inexistente finura. En fin, esta analítica nos sirve una remodelación del kantismo que ha situado la trascendentalidad en la lógica del lenguaje. ¿Cómo operamos en moral? Sobre todo con la imaginación, los principios morales se idean para el mundo real, funcionan, se establecen como hábitos.

Naturalmente las ideas de Hare no han permanecido inatacadas, y la escolástica analítica no ha dejado aún de producir críticas,

contracríticas y arriesgados valientes que salvan los imponentes abismos que ella abre. Sin embargo, su ruido nos llega tenue y la perspectiva sobre ello es menor. Únicamente si uno mismo cultiva el género puede interesarse por las conmovedoras polémicas en torno a la correcta o incorrecta derivación de Searle de un "debe" desde el "es". Más de agradecer que esos siete pasos desde la nada a ninguna parte, es su noción de hecho institucional, que para siempre destierra las peores herencias del positivismo, y su ahondamiento en los temas austinianos. A veces se suelen meter también en estos sacos a Rawls y a Nozick, pero temo que sólo la continuidad cultural del área anglosajona permite esas alegrías: las citas mutuas de esas dos obras en punta de la filosofía política por parte de viejos y probados analíticos, sólo demuestran que los autores del mismo ámbito cultural se leen unos a otros y ni mucho menos una continuidad de escuela que exige continuidad en los problemas y hasta afinidad en la planteamientos.

Así, apresuradamente cerrada, ¿qué aporta la concepción analítica de la ética?

Desde una postura, que, en su humildad, marca también sus distancias diría, a).- un método o manera canónica de tratar las cuestiones y hago esta acotación porque quizá método nos haga caer en una sugerencia de resolutivo que, ciertamente, es mucho decir. b).- un trabajo real, y muy sutil en ocasiones, sobre la manera en que efectivamente utilizamos los términos morales y lo que ello implica. c).- distinciones que nos ayudan a liberarnos de espejismos ingenuos respecto a lo que en rigor podemos afirmar. d).- una bastante falaz distinción entre ética y moral para preservar la pureza, es decir, el estatuto no valorativo de la primera. e).- como toda teoría cognitiva que se deja amedrentar por los aspectos prácticos del conocer, la obsesión por el fundamento, obsesión que parecemos venir arrastrando desde la Ilustración cuando perdimos al Eterno como garantía de nuestras normas.

Y una cosa que siempre se pone de relieve para mal, un lugar donde se quieren ver los pies de barro de la filosofía moral inglesa y que forma una de sus más sobresalientes virtudes: sus ejemplos. Criticados siempre por todo parvenu de triviales, son quizá de lo mejor y la mejor de las enseñanzas prácticas: cuando habla Morawski del papel del ejemplo se nos puede ocurrir extenderlo aquí. Si uno lee las obras fundamentales de esta corriente, constantemente aprende que ha de ser tolerante, no racista, veraz, ayudar a los demás, amable, discreto,.. nos plantea la imagen de una sociedad bastante menos dramática que la nuestra. Y es deseable que llegue al fin un tiempo en que nuestros problemas puedan ser tan sutiles que, en vez de decidir a tumba abierta, tenga sentido que nos preguntemos minuciosamente por nuestra obligación de devolver los libros que nos prestan las bibliotecas. (Al menos eso probaré que las tenemos).

Universidad de Oviedo.